264

MANUEL ROMERO Y B. DE AQUINO

AL BORDE DEL ABISMO

MONÓLOGO

ORIGINAL Y EN PROSA

MANILA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE RAMIREZ Y GIRAUDIER

Calle Magallanes 3, esquina á la del Beaterio

1885

10

MANUEL ROMERO Y BATALLA DE AQUINO

AL BORDE DEL ABISMO

MONÓLOGO

ORIGINAL Y EN PROSA

MANILA

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE RAMIREZ Y GIRAUDIER

Calle Magallanes 3, esquina á la del Beaterio

1885

Es propiedad del autor. Queda hecho el depósito que marca la Ley.

Sr. D. Baltasar Giraudier.

Al dedicar á usted esta insignificante obrilla, no se me oculta cuanta hubiera de ser la importancia de un libro, para alcanzar á la altura de sus merecimientos. Siempre su entusiasta protector, usted ha merecido bien del Arte.

Acepte esta humilde muestra de mi consideracion y afecto, con la complacencia con que se la ofrece

M. Romero.

Diciembre de 1885.

Personaje.	Actor.
Cèsar	D. Rafael G. Llanos.

MONÓLOGO.

Despacho lujoso de César: á la izquierda del espectador un balcon á la calle: puerta en el foro; á la derecha el bufete; en el centro un velador sobre el que se verá una bandeja de plata, que contiene várias cartas, al lado un sillon.

La luz escasa; empieza á declinar la tarde.

Al levantarse el telon, aparece César en el fondo, fuera de la puerta.

CÉSAR.

Adios, Elena!... encantadora jóven, tierna amiga, esposa desdichada, Elena mia... para siempre adios!...—(Entra y cierra con llave la puerta.)—Ciérrate, puerta, y dame libertad. —(Baja lentamente hasta el proscénio.)— Ya estoy solo. Esa débil tabla llena el espacio inmenso que se extiende entre la hu-

674714

mana vida y la insondable eternidad!... Ah! tambien la pequeñez de un instante, abismo fué sin fondo que se interpuso entre mi lisongeado esplendor, asistido de admiraciones y envidias, y mi improvisa ruina, á la que acosan carcajadas y menosprecios!... Esas gentes que contemplaban ansiosas mi semblante, anhelando sorprender en la sonrisa de mis lábios, en la arruga de mi frente, la seguridad ó el peligro de su fortuna, se han estremecido de espanto al ver mi rostro tinto del matiz rojo de la vergüenza: aquellas miradas que templaba la timidez de la adulacion, ansiando, como prenda de fianza, el agasajo de una altiva mirada de mis ojos, han fulminado contra mí relámpagos de ódio mortal y rayos de injuriosa acusacion. —(Con creciente exaltacion.)— Miserables, que veníais á recoger.. ¡del suelo!, las migajas de mi festin, con esas mismas lenguas con que me escarneceis; revolvéos contra mi generosidad; vengáos de vuestra humillacion; negad que el océano sepultó en su profundo seno mi fortuna, porque cegados los abismos de su fiereza, no puede hallarse en

él vestigio de la catástrofe; negad á mis gallardas naves su arribo al término fatal, porque al deshacerse la blanca espuma con que engalanaron á las olas que dejaban atrás, no quedó huella de su paso,.. como del de las afecciones en vuestro corazon; del de mis beneficios en vuestra memoria; del de la ingratitud en vuestra conciencia!... Negadme la honradez y la virtud á Elena, á cuyos pies os arrastrábais, puesto el lascivo deseo en su hermosura; fija en mi honor vuestra despreciable amenaza, y vuestra codicia en sus diamantes... Tomadlos, apoderaos de ellos: Elena os los dará multiplicados por otros más puros, más lucientes, de mayor précio, con cada gota que le arranqueis del agua de sus ojos!... ¡Así, todos serán robados!...— (En el colmo de la exaltacion.) —¡Robados!... ladron!... ¡yo ladron!... Oh! si aún pudiera serme tolerable la existencia... fuera solo para cometer mi primer hurto: el de las lenguas que osaran mancillarnos: si!; arrancadas de sus gargantas; sacudidas por la última convulsion de los infames á quienes sirvieran de criminal instrumento, viéralas á mis

plantas saltar... enroscarse... retorcerse como sierpes ponzoñosas, rebuscando unas fáuces donde formular un despavorido é imposible ¡perdon!...—(Transicion.)—¿Qué es esto?... ¿será verdad que el suicida es un pobre loco?—(Afectando tranquilidad.)—Nada... ni una pulsacion más; estoy tranquilo...—(Con sarcasmo.)—Ja...ja... ja... en el mundo no existe otra demencia, que la de toda la humanidad!... Concluyamos.—(Al verle abierto.)—Ese balcon ..—(Dirigiéndose hácia él.)—Si una mirada importuna... no, que no acudan tan pronto... acaso quedaré rendido... déjenme descansar un rato!...—(Apoyado en una de las hojas practicables del balcon, contempla el horizonte.)—La intensa luz de la serena tarde, se desvanece en la leve y misteriosa claridad del crepúsculo... Hora bendita de las quimeras y los recuerdos!... Quimeras que se pierden en las sombras del porvenir, recuerdos que se esconden tras de las nieblas del pasado; hora que se abisma en la oscuridad de la noche; reflejos de mi alma que se derrumba á la negra inmensidad de mi noche eterna!...—(Recordando con encanto.)—Hace seis meses... ¡seis meses nada

más!... ¡qué bella estaba!... Cada mirada de sus ojos, más hermosos que la esperanza de besarlos, era una promesa de inefable felicidad!... Sus lábios sonreian, mientras su mano temblorosa apenas acertaba á firmar nuestros esponsales: íbamos á unirnos para siempre... ¡Siempre!... ¡qué espantosa brevedad para nosotros, la de ese «*siempre*» sin término!... ¡Con qué entusiasmo le prometí hacerla muy dichosa!... Oh!... ella tambien me acusará!... Sí!... al verse despojada de sus riquezas, sorprendería en ella una mirada de enfado, un gesto de reproche; punzaría en lo más escondido de mi ser, su amarga queja; la palabra «*falsedad*» escaparía de sus labios; su afectada mudez me acusaría sin cesar y una lágrima vacilaría en sus párpados... hasta estar segura de caer hirviente en mi corazon!... ¡Qué tormento!... No fuera ya la dulce Elena de aquella noche en que, radiante de alegria, murmuraba aquel—¡sí!—que anudó el lazo bendito por el Cielo: aquella que...—reza, mi César, reza!—dijo—é impelida por el loco aletear de nuestras almas, brotaba

de nuestros pechos una fervorosa oracion...—(Aterrado al oir el lejano clamor de una campana.)—Oh!... ¡misericordia!...—(Cierra el balcon y se precipita hácia el bufete, de uno de cuyos cajones saca una pistola.)—Basta: cuando estalla el corazon, le es precisa una soldadura de plomo: cuando urge marchar por las tinieblas del no ser, se alumbra con pólvora el camino!...—(Páusa.)—Elena, sea para tí mi último pensamiento; sea tu nombre amado mi plegária postrera!... Tu no lo dudarás...—(Vacilando.)—Si lo dudára... si imaginase que el arrepentimiento, el desamor, el hastío, determinan el sacrificio...—(Con vehemencia.)—No lo creas; no!.. ¡no lo creas!... Si tal duda la atormentase como á mí ese temor...— (Encendiendo la bujía que habrá sobre el bufete, y preparándose para escribir.)—Al fin, he de ceder á cuanto había resuelto desechar... Dos líneas... dos palabras... solo un suspiro!...—(Escribiendo.)—«Elena mia: perdóname y sea en gracia de que tu sola llenas mi pensamiento.»—(Arroja la pluma, que pronto vuelve á recojer.)— Es tan poco!... otra frase, otra nada más!...—(Escribe.)—«Eres jóven y muy hermosa... y puede haber aún... en el mundo... mucha ventura para tí...—(Enternecido.)—

No temas... darme celos; los ecos de tu risa... lograrán un momento... despertarme... y yo sonreiré... sonreiré tambien... y volveré á dormir!...» Lágrimas!... ¿por qué acudis?... ¿por qué me cegais!... sufro... sí... sufro mucho!... ¡Pobre Elena mia!... ¡parece que se me está muriendo!... —(Escribe.)—«Adios.»—(Con firmeza.)—No más.—(Toma la pistola, que deja sobre el velador al sentarse en el sillon inmediato.)—Por si esta emocion consiguiese estremecer á mi brazo, ahí está servida en bandeja de plata, la hiel que hará desbordarse la que rebosa de mi ser!... Estas cartas me ofrecerán, una vez aún, los plazos humillantes que no acepto.—(Abriendo várias cartas que mira un instante y las va echando con desden sobre el velador.)—Tórnanse protectores mis protegidos; hoy finjen compadecerme los que yo despreciaba ayer!... Cierto: ¡qué bella se me ofrece la vida con tales condiciones!... ¡Fortuna, honor y libertad!... ¡todo prestado!... ¡Imbéciles!... Deshecho tu navío—imaginan—somos la última tabla que puede salvarte en el naufrágio: masa inerte has de ser, solicitada siempre por el abismo y siempre herida por nues-

tra mirada, como las de Argos, abrumadora: no llama altiva que resplandece y vuela: sube á tus labios el pedazo de pan que te otorguemos: humíllate bajo nuestra amenaza, acero de Damócles que amagará incesante á tu cabeza; no se aparte de tus ojos el infamador banquillo desde el que aguarda su sentencia el criminal confuso; resuene á cada instante en tus oidos, el eco aterrador que difunden al arrastrarse, las serpientes de hierro que se enroscan á los piés de los que alientan el aire infecto de los presidios!... Me sofoca el rubor!... Depósito sagrado de la existencia!... error con que disculpa el miserable su cobardía!... Aquí, la lucha; allá, el reposo:... ¿quién antepuso nunca los horrores de la guerra devastadora, á los tranquilos goces de bendecida paz?—(Arrojando una de las cartas.)-Jamas!... jamas!... Con el polvo del hundimiento de mi fortuna, aún puedo reponer algunas de las vuestras... Repartíos cuanto codiciásteis de mis salones: las galas de Elena satisfarán vuestra usura; ¡que no hay tesoro que compre lo que ella perfumó con su contacto!... Yo no presen-

ciaré la inícua profanacion. Ella tornará á su tranquilo hogar pobre y honrada, sin que el cieno con que la salpiqueis, imprima una leve sombra en las nevadas plumas de sus alas de ángel!... ¡Infeliz!... — Tomando, sin verla, otra carta.) — Al asomar á su mente enferma las imágenes vagas del pasado, se agitará por sacudir un sueño que comenzó lleno de celestiales encantos y concluye con la convulsion de una pesadilla horrenda!...—(Reparando en la carta que tiene en la mano.)—Qué!!...—(Atónito.)—¿Qué carta es ésta? Oh!... espérame, razon!... aguarda, luz de mis ojos!... mostradme, un instante todavía, la exacta imágen de los objetos que me cercan!... Sí!... ¡su letra!... ¡su pensamiento, que viene á acompañarme hasta mi tumba!...—(Levantándose sin separarse del sillon.)—¿Habrá sido, todo mi afan por ocultarle cuanto ocurre, estéril?...—(Abriendo la carta.)—Ah!... fuera muy cruel!...—(Leyendo.)—«César, rey y emperador de mi vida: César mio!...»—(Interrumpe la lectura para alentar.)—Ah!...—(Lée.)—«Muchas veces he intentado comunicarte un grave secreto y siempre el rubor ha devorado mis palabras: ello es preciso, y me ocurre colocar

esta carta mia, entre tu correspondencia. Perdóname, soy muy culpable!... te privo del infinito gozo que inunda mi corazon. Sepa usted, amado señor mio, que al vencimiento del plazo, que tan largo nos ha de parecer, tendré el honor de ofrecerle... un ángel muy hermoso, que juguetea en el seno de su feliz esposa... ELENA.» ¡¡Mi hijo!!—(Cae sobre el sillon cubriéndose el rostro con las manos. Solloza. La interpretacion de este instante de crísis se fia á la inteligencia del actor.)—Ay!... aquí!... en el corazon!... feroces garras... me le oprimen... como si la muerte, temerosa de perder su presa, se apresurase á devorarla!... Y aquí... en mi mente... ¡qué rayo de luz... ¡Hijo mio!... ¡Pobre madre!... Enferma, infeliz, sola!... triste avecilla sin el amante compañero que la ayude á disponer el muelle nido donde depositar á sus hijuelos!...; sin que divierta su clausura con sus cariciosos gorgeos, ni la sustente con las primicias del estío!...—(Se levanta.)—¡Pobre madre! Con él entre tus brazos, ¡cómo te recordarán las facciones del hijo de tu amor, las del infame que te sumió en la amargura!... ¡qué tristes ecos despertarán sus gemidos

en tu alma! ¡con qué angustia le verás crecer macilento y débil, porque solo tendrás lágrimas para sustentarle!... Ah!... seco tu corazon, agotadas las fuentes de tus ojos, maldecirás desesperada al objeto indigno de los tesoros de tu ternura, cuyo nombre escuchará con espanto el hijo de tus entrañas!...—(Muy agitado.)—Y él... sin nadie que le reciba en los umbrales de la exístencia, como el fruto desheredado del amor criminal; sin el calor de mis ósculos; sin el abrigo de mis brazos; sin el blando asiento de mis rodillas... ay! crecerá como espinosa zarza entre ignoradas ruinas!.. Y un dia aprenderá su nombre... carcomido por la deshonra!... más tarde, al conocer la horrible historia del que debió vivir para ampararle, brillará siniestro en sus ojos el relámpago de su espantosa reprobacion,—(Con espanto.)—y al primer soplo del infortunio, acaso maldiciéndole, aceptará, suicida, el sangriento legado de su padre!... Y mi alma, condenada á ser mancha impura de su ambiente, se retorcerá en las torturas de ese infierno!... Oh! nunca!...—(Enérgico.)—Nunca!... Torpe vanidad, infame orgullo, dejad

franca la senda hasta mi alma, á la resignacion y al deber!... Vil suicida!, ¿qué hiciste de los seres que te amaron?...—(Con entusiasmo.)—Oh!... lucharé; venceré: mi Elena y el hijo mio, endulzarán mi fatiga; y si sucumbo, mi frente resplandecerá con la aureola de los mártires, y serán mi palma sus caricias y sus bendiciones!... Sí!... el suicidio es hijo del pavor y de la demencia. ¡Dios mio!... Un rayo esplendoroso de tu infinita misericordia, disipa las tinieblas de mi espíritu!... ¡Yo te bendigo!...—(Corriendo hácia el foro.) — Elena!... Elena!!.. Elena!!.. — (Mientras trata de abrir la puerta, lo que entorpece la agitacion y la prisa, cáe el telon.)

FIN DEL MONÓLOGO.